

Armagedón, luego la paz mundial

*“Y los reunió en un lugar llamado en hebreo
Armagedón.”
— Apocalipsis 16:16 —*

La Biblia contiene una serie de palabras y frases que, debido a su aplicación casi universal a los temores, las esperanzas y las experiencias humanas, a menudo, son citadas por el mundo, aunque no necesariamente debido a una fe genuina o una comprensión correcta de lo que implican. La expresión "convertirán sus espadas en rejas de arado" es una de ellas. La frase "día del juicio" es otra. Otra es una palabra que escuchamos ahora con más frecuencia que nunca, "Armagedón".

La palabra "Armagedón" aparece solo una vez en la Biblia, y es la que está en nuestro texto de apertura. Dos versículos antes, se hace referencia a "la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso". En el versículo 15, Jesús resucitado declara: "Observen, vengo como un ladrón". Por lo tanto, parece claro que el Armagedón de nuestro texto está relacionado con eventos al final de la era presente, cuando Cristo regresaría —como un ladrón, sin ser notado— y se haría presente para establecer su reino.

El Apocalipsis es un libro de simbología, y el Armagedón de nuestro texto no es una excepción a esta norma. No debemos suponer que la reunión de las naciones en un lugar llamado Armagedón signifique que se reunirán en un lugar en particular. En la simbología de la Biblia, generalmente, los lugares representan condiciones, y esto es así con respecto al "lugar llamado en hebreo Armagedón". Las condiciones o las situaciones simbolizadas por lugares están determinadas por lo que es históricamente cierto acerca de ellos. Por ejemplo, el monte de Sión en Jerusalén simbolizaba el reino de Dios, porque una vez gobernó a su pueblo a través de los reyes de Israel, cuyos tronos se establecieron en el monte de Sión. (1 Cr. 11:3-5; Sl. 2:6)

Armagedón, llamado "Meguido" en el Antiguo Testamento, fue un campo de batalla en Israel, el lugar donde se libraron algunas de las batallas más importantes de Israel contra sus enemigos. Dios supervisó a Israel y, a menudo, luchó por Israel en estos conflictos. Un hecho único con respecto a estas batallas fue que Dios no siempre le dio la victoria a Israel. A veces, su pueblo necesitaba ser castigado, y él permitió que lo derrotaran. Sin embargo, ya sea que resultase en una victoria o una derrota, Dios dirigía el resultado de las campañas que libraban los israelitas en el valle de Meguido. (Jue. 5:19; 2 Reyes 23:29,30; 2 Cr. 35:22; Za. 12:11)

Las batallas que libró Israel y que Dios dirigió en el valle de Meguido se utilizan en las Escrituras para señalar el Armagedón. El Armagedón simbólico es un gran conflicto mundial al final de esta era presente en el que Dios toma parte y dirige. El propósito divino del

Armagedón es que traerá un glorioso triunfo de justicia mediante el establecimiento del reino mesiánico prometido desde hace mucho tiempo.

NO ERA CIERTO EN EL PASADO

Entre las personas del mundo que profesan ser cristianos, en el pasado, se hizo la afirmación de que Dios luchó con sus ejércitos y por ellos cuando iban a la guerra. La incongruencia de esto es que, por lo general, se trataba de un caso en el que una nación cristiana luchaba contra otra, y ambos bandos pedían a Dios que los ayudara. A los soldados de lados opuestos de estas guerras se les enseñó incluso que, si los mataban en la batalla, irían directamente al cielo.

Sin embargo, todo esto fue un engaño y, en realidad, un sacrilegio contra el verdadero Dios de la Biblia. El hecho de que Dios dirija el tema del gran Armagedón de la Biblia no implica de ninguna manera que Él lucha por una nación contra otras. Significa, simplemente, que existe un dominio divino tal en los asuntos de las naciones en su conjunto que son derrotadas en forma recíproca hasta el punto en que todos los involucrados finalmente reconocen el fracaso de la sabiduría y la planificación humanas para establecer la paz y el orden en toda la tierra. Por lo tanto, en definitiva, se ven obligados a buscar ayuda en el Señor.

Cuando nuestros primeros padres transgredieron la ley divina y fueron condenados a muerte, la raza humana perdió el beneficio de la mano protectora y dirigente de Dios en sus asuntos. Desde la caída del hombre hasta el período de cierre de la era presente,

Dios no ha interferido en los asuntos de los hombres, excepto cuando el curso del egoísmo humano hubiera sido perjudicial para la realización de su plan a los fines de la recuperación final de su creación humana frente a las consecuencias del pecado.

A pesar de que Dios no ha interferido con el curso del mundo en general, su mano, seguramente, ha estado involucrada en los asuntos de esas personas de fe aquí en la tierra. En todas las épocas, ha habido quienes tuvieron fe en las promesas de Dios y a quienes las recompensas implícitas en sus promesas fueron estimadas más que todas las riquezas de fama, gloria y posesiones materiales que el mundo podía ofrecer.

La primera referencia velada de Dios a este pueblo de fe se encuentra en su declaración a "la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás", en el Jardín del Edén. Le dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre la mujer y ti, y entre tu simiente y su simiente; te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". (Ap. 20:2; Gén. 3:14,15)

Más tarde, Dios le dijo a Abraham: "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra". (Gén. 22:18). Pablo identifica esta "simiente" de la promesa como Jesucristo, el Redentor y Salvador del mundo. (Gálatas 3:8,16). En un sentido más amplio, esta simiente también incluye a aquellos de la era actual que han tenido una fe viva en las promesas de Dios de liberación del mundo frente al pecado y la muerte. Por lo tanto, el apóstol nos informa, además, que esta simiente prometida de Abraham son todos los abarcados por Cristo; Jesús y los que son bautizados en su muerte. (Vv. 27-29).

LOS JUSTOS PERSEGUIDOS

Dios dijo que habría enemistad entre la "simiente" de la mujer, es decir, su pueblo, y la "simiente" de la serpiente, es decir, aquellos que, bajo la influencia de Satanás, han oprimido y perseguido al pueblo de Dios. De acuerdo con esto, los verdaderos siervos de Dios en todos los tiempos han sido un pueblo maltratado. Todos y cada uno de aquellos sobre quienes se ha manifestado el favor de Dios han sido los objetivos especiales del Adversario.

Esto fue especialmente cierto con respecto a Jesús. Fue perseguido por los líderes religiosos hipócritas de su época, aquellos a quienes identificó como los hijos del Diablo, la simiente de la serpiente. (Juan 8:44). Obrando a través de su "simiente", Satanás hizo todo lo que pudo para destruir a Jesús y, finalmente, provocó su crucifixión.

Sin embargo, esto fue por permiso divino, porque en el plan de Dios para la salvación de la raza humana de la muerte, era necesario que Jesús muriera como Redentor, que se diera a sí mismo "en rescate por todos". (I Tim. 2:3-6). En lugar de derrotar la causa divina como Satanás lo diseñó, se proporcionó la redención, y Dios intervino y resucitó a Jesús de entre los muertos.

Así, en el caso de Jesús, la mano de Dios se manifestó en los asuntos humanos, no para cambiar los eventos como tales, sino para lograr su propósito centrado en Jesús. En menor grado, esto ha sido cierto con respecto al pueblo de Dios en todas las épocas. Han sido de su especial cuidado, y siempre que ha sido necesario, Dios ha intervenido en los asuntos de los

hombres y de las naciones para que se cumplan sus propósitos en relación con sus escogidos especiales.

Aparte de esto, al mundo en general se le ha permitido seguir sus propios caminos egoístas y pecaminosos, bajo el gobierno del "Dios de este mundo", hasta el final de la era presente, y el tiempo para el establecimiento del reino de Cristo. (II Cor. 4:4). Una profecía acerca de esto dice: "El SEÑOR saldrá como valiente, despertará celos como hombre de guerra; clamará y rugirá; prevalecerá contra sus enemigos". Entonces el Señor habla por medio del profeta y dice: "Hace mucho tiempo que callo; me quedé quieto y me contuve: ahora lloraré como una mujer que da a luz; destruiré y devoraré a la vez". (Isa. 42:13,14)

Observe cómo, en el texto que acabamos de citar, el Señor explica que se ha mantenido en silencio, que se ha abstenido de interferir en los asuntos humanos. También explica que no haría esto para siempre, que llegaría el momento en que saldría "como un hombre de guerra" y que "prevalecería contra sus enemigos".

EL DÍA DE LA VENGANZA

El Armagedón profético y simbólico de las Escrituras pertenece a un período del arreglo divino descrito como el "día" o el tiempo de la venganza de Dios. Es el tiempo que Isaías predijo cuando la indignación del Señor caería sobre "todas las naciones, y su furor, sobre todos sus ejércitos", el "día de la venganza del SEÑOR". (Isa. 34:2,8)

Es el tiempo que David predijo cuando escribió: "Vengan, he aquí las obras del SEÑOR, las devastaciones que ha hecho en la tierra". (Sl. 46:8). Sin

embargo, el propósito de este período de angustia no es la destrucción de individuos, sino de naciones egoístas y belicosas; porque en el siguiente versículo leemos: “Él hace cesar las guerras hasta el fin de la tierra; quebranta el arco y corta la lanza; quema el carro en el fuego”. (V. 9)

En otras partes de las Escrituras, este gran "tiempo de angustia" se representa simbólicamente como una "tormenta", como un "torbellino" y como un "fuego". (Dan. 12:1; Na. 1:3; Isa. 66:15). Después de que el actual orden egoísta haya pasado en esta gran lucha, Dios mismo, por medio de Cristo, manifestará su autoridad y poder para elevar y bendecir a las turbulentas masas del pueblo. Respecto a esto, Él ha prometido: “Estén quietos y sepan que yo soy Dios: seré exaltado entre las naciones, seré exaltado en la tierra”. (Sl. 46:10, *versión revisada*)

"ESPEREN EN MÍ"

Es durante el tiempo en que Dios se ha abstenido de interferir en el curso pecaminoso y descendente de los hombres y las naciones que muchos de los que se inclinan hacia la justicia en el mundo e, incluso, el propio pueblo de Dios se ha preguntado por qué se ha permitido que el mal continúe sin que, aparentemente, el Creador no haga nada para detener el sufrimiento humano. A estos, se les da esta respuesta: “Esperen en mí, dice Jehová, hasta el día en que me levante a la presa; porque mi determinación es reunir las naciones, para reunir los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, y todo mi furor de la ira; porque toda la tierra será consumida por el fuego de mis celos.

Devolveré entonces a los pueblos unos labios enteramente puros para que invoquen el nombre del SEÑOR y le rindan culto todos a una". (Sof. 3:8,9)

En esta profecía del conflicto de naciones por el cual se destruye el actual orden social del hombre, la simbólica "tierra", se dice que es "devorada por el fuego" de los celos de Dios. Sabemos que esto no se refiere a la destrucción de la raza humana en sí, porque la profecía nos asegura que, después del "fuego" el Señor, "devolverá a los pueblos unos labios enteramente puros", y que tendrán la oportunidad de invocarlo y servirle. Eso no sería posible si todos fueran destruidos, o si el planeta Tierra fuera quemado, literalmente.

Tampoco debemos pensar en los "celos" de Dios como una indicación de venganza de su parte. La palabra hebrea que aquí se traduce como "celos" es la misma que se traduce como "celo" en Isaías 9:7, donde leemos: "El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto". ¿Qué será lo que realizará el celo del Señor? Esta profecía responde: "Un niño nace entre nosotros, un hijo nos es entregado, y el gobierno recaerá sobre su hombro; y su nombre será Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la Paz. Del aumento de su gobierno y de la paz no habrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto". (Isa. 9:6,7)

Ésta es una de las promesas divinas del reino de Cristo, ese gobierno mundial, cuya responsabilidad descansa sobre el "hombro" de Cristo después de su regreso prometido. A lo largo de los siglos, Satanás y su "simiente" se han esforzado por frustrar el propósito de

Dios de establecer su gobierno de justicia sobre la tierra. Lo han hecho persiguiendo y destruyendo a aquellos a quienes Dios estaba preparando para que fueran sus gobernantes.

Jesús, el "Rey de reyes" en este gobierno, fue ejecutado. A sus verdaderos seguidores, tanto judíos como gentiles, se les promete que, si sufren y mueren con él, vivirán y reinarán con él. (Rom. 8:17; II Tim. 2:11,12). Cuando Jesús fue ejecutado, el propósito de Dios no se vio frustrado. El "celo" y el poder del Todopoderoso lo resucitó de entre los muertos. En este fin de la era, los que han sufrido y muerto con él también son resucitados de entre los muertos para vivir y reinar con Cristo. (Ap. 20:4,6)

Nada puede obstaculizar el cumplimiento del propósito divino cuando ese poder puede ser utilizado y se utiliza para conducirlo al éxito. Es por eso que podemos tener plena confianza en que la paz mundial a través del reino de Cristo se hará realidad después de la gran lucha del Armagedón. El "celo del SEÑOR de los ejércitos" seguramente lo hará realidad.

Es este mismo celo y poder lo que provocó el nacimiento milagroso de Jesús y lo que lo levantó de entre los muertos cuando la "simiente" de la "serpiente" lo destruyó. Es el mismo gran poder que eleva a los seguidores de Jesús para que reinen con él. Finalmente, será este poder el que provoque la destrucción de todas las instituciones e influencias que, posiblemente, puedan interponerse en el camino del gobierno victorioso del reino mesiánico, ese gobierno mundial de paz y justicia que descansará sobre "su hombro".

“LABIOS ENTERAMENTE PUROS”

La profecía de Sofonías 3:9 citada con anterioridad habla del tiempo en que Dios devolverá al pueblo unos "labios enteramente puros". Es a través del mensaje de estos "labios enteramente puros" que las personas de toda la tierra aprenden a conocer al Dios verdadero, a invocarlo, adorarlo y servirlo "con consentimiento". Las personas de todas las naciones estarán unidas en la adoración y la devoción a su Creador y Señor, no por temor, sino porque responderán diciendo: “He aquí, este es nuestro Dios; lo hemos esperado, y Él nos salvará: este es el SEÑOR; lo hemos esperado, nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación”. (Isa. 25:9)

Con el pueblo iluminado acerca de Dios y deseosos de hacer su voluntad, ellos, por medio de Cristo, alcanzarán la paz con él. Estar en paz con Dios es un requisito para estar en paz unos con otros. Mediante la obediencia a las leyes de la justicia, la humanidad aprenderá las ventajas del amor sobre el egoísmo. Entonces, de buena gana y de todo corazón, "convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas", y las naciones no "aprenderán más sobre la guerra". 4:1-4)

La paz con Dios resultará no solo en la paz entre las personas, sino también en la salud y en todos los asuntos de la vida. Cuando, en el Jardín del Edén, Dios les dio la espalda a sus criaturas humanas caídas, también les sobrevino la condenación a muerte. En el favor de Dios está la vida, tal como nos informa la Biblia. (Sl. 30:5). El retiro del favor de Dios resultó en una larga noche de pecado, sufrimiento y muerte. Sin

embargo, el salmista continúa diciendo que “el gozo viene en la mañana”, la mañana de ese nuevo día del reino mesiánico, cuando “no habrá fin” para el “aumento de su gobierno y su paz”. (Isa. 9:7)

Durante este largo período de espera desde la caída del hombre, los que han amado la justicia a menudo han preguntado "¿Hasta cuándo, Señor?", y la respuesta ha sido "Espérenme". Pablo escribió: "El Dios de la Paz quebrantará a Satanás bajo sus pies en breve". (Rom. 16:20). Ahora, el período "breve" casi ha terminado. Hoy se pueden escuchar los estruendos del gran Armagedón, que señalan el fin del reinado del pecado y la muerte. Esto significa que aquellos que esperan vivir y reinar con Cristo como parte de la simiente de la promesa, al ser fieles hasta la muerte, deben más que nunca “esforzarse” para hacer firme su “vocación y elección”, sabiendo que, para poder reinar con Cristo, deben ser “llamados, escogidos y fieles”. (II Ped. 1:10,11; Ap. 17:14)
